

las tenemos por catalépticas sin resurrección posible, nos quedamos aquí dudando de nuestra convicción... El logro es completo y nos empuja, con las de Bernárdez el argentino o el Scarpa chileno, al borde de la rectificación. Las metáforas de orden clásico se aparecen sin choque con las modernas; los ritmos anchos de la lira de Garcilaso rebautizada como "la estrofa de fray Luis de León" en el siglo XVII, columpian sin adormecerlos, un amor y una desdicha del siglo XX, y el odre viejo no bosteza ranciedad, sino el vaho fuerte de las materias que se quedan intactas: sales o trementinas".—N. M.

"BONJOUR TRISTESSE", de *Françoise Sagan*. Ediciones Julliard, París

Unos versos del poeta existencialista Paul Eluard sirven de tema inspirador de esta obra, escrita por una adolescente.

La crítica ha señalado este hecho con suma insistencia. Sin embargo, su importancia es muy relativa, ya que la tristeza, como tema literario, es una de las vertientes por las que se desliza el alma joven. Ahora bien, lo difícil es darle prestancia estética, no apartarse de la corrección expresiva y alusiva. Y Françoise Sagan ha permanecido fiel a tales exigencias. He ahí su mérito.

Es interesante anotar el siguiente hecho. Paul Eluard ha sido un poeta cultor de los tonos grises, intemporales. Su obra *La Vie immédiate*, resume una postura desesperanzada ante el vivir. El tono elegíaco es frecuente. La severa admonición se expande entre el arabesco de sus estrofas. En los versos que han disparado la fibra emotiva de Sagan se dice que la tristeza se halla inscrita en las líneas de los techos, que es la pujanza del amor de los cuerpos amables, que los labios más pobres la denuncian, la señalan mediante una sonrisa. Y esto quiere decir, entre otras cosas, que la tristeza está como agazapada en los arcanos de nuestra sensibilidad. Un acontecimiento, un hecho anecdótico es suficiente para que la tristeza aflore, ordenando el ir y venir de nuestras ansias existenciales. Todo ello es una realidad, un signo evidente de nuestra propensión al filosofar trascendente. La evolución de las distintas formas de vida nos demuestra que el fer-

mento de la tristeza prolifera de manera callada. Tal vez muchas de nuestras acciones no son otra cosa que manifestaciones de ese afán de estar tristes, de ceñirnos a los matices de la melancolía, ya que, en definitiva, es una especie de elegancia espiritual, un género de martirio deleitoso.

Françoise Sagan descubrió el peso emocional de un poema, y leyó, entre líneas, el esquema de una novela, de una narración de tipo personal, fácil para admitir el aporte lateral de experiencias escuchadas o leídas en los libros, quien sabe si en los brevariarios de amor.

Y así nació su *Bonjour Tristesse*, un libro que parece haber sido escrito de un sólo intento. En su estilo no se perciben las fisuras. Está trazado de un impulso, con una fiebre en crescendo, sin detenerse en los temas escabrosos, revistiéndolos, más bien, de un halo de poesía. Su prosa es perfecta, corresponde a un excelente alumno de universidad. Algo frecuente entre los escritores franceses, los cuales, por lo general, pueden pecar de falta de talento creador, pero exhiben siempre una maestría en el manejo de un idioma que aprenden y desmenuzan desde los estudios primarios.

El argumento es sencillo. Un padre enamorado, una hija individualista y una mujer otoñal que concibe el amor como ejercicio de total dominio. El conflicto se plantea con nitidez. El triunfo de la hembra que quisiera copar las vidas ajenas significaría la destrucción del individualismo de la muchacha joven. Es necesario luchar para que esa vida propia e intransferible, con todas sus ventajas y defectos, no se deshaga, para que no sea marcada con el signo de otras voluntades. Y entonces la lucha se entabla. Habrá un suicidio, pero el tema de la libertad individual, sin trabas de ninguna especie, habrá sido delineado con sus luces y zonas de obscuridad. Esta es la finalidad de la novela. Censurable o no, está concebida con valentía, con desenfado.

¡Cuántas vidas serían distintas, si hubiesen luchado por su integridad!

En los remansos y torbellinos de la novela hay unas escenas de

amor. Son brochazos de realismo, con la tierna aureola poética de la adolescencia.

He aquí un breve párrafo: "Yo miraba el sol encima de mí. Y en seguida el murmullo imperioso y tierno de Cirilo... El sol se descolgaba, estallaba, caía sobre mí... ¿Dónde estaba yo? En el fondo del mar, en el fondo del tiempo, en el fondo del placer... Yo llamaba a Cirilo en voz alta, él no me respondía, no tenía necesidad de responderme".

Termina el librito con una meditación de gran alcurnia. La joven que ha conquistado el derecho a vivir su vida sabe que todas las mañanas un flúido sutil sube hasta su pecho. Y entonces, con los ojos cerrados, murmura: "Bonjour tristesse".

Sin duda, es típico del ser humano buscar la tristeza. Pero no siempre la encuentra. Cuando más, suele hallar la melancolía, antesala del "quedarse triste". Algo literario, falso. Cualquier motivo elemental es suficiente para aventar la postura melancólica, trocándose en un sonreír complacido. Pero la verdadera tristeza sólo podemos adivinarla en los demás. Y ello es así, porque el hombre se inclina fácilmente a compadecer. De esta forma, imagina elevarse sobre sus propias derrotas. Desde antaño, el hombre ha filosofado en torno a la tristeza. Y sus esquemas mentales han enfilado orientaciones singulares, creando sistemas en donde un pensar evanescente podía ensayar sus más atrevidas piruetas. Quizás en los ámbitos de la filosofía es donde mejor puede intuirse la tristeza con su corte de ideas y de juicios afines.

No sólo en la filosofía, sino también en la creación típicamente literaria se hace presente el tema de la tristeza. En muchas efusiones victoriosas del vivir rebulle el desencanto, como elemento subalterno, pero susceptible de ir creciendo de manera y hasta límites impensados. El existencialismo actual ha tenido oportunidad de anudar muchos cabos que andaban dispersos.

Françoise Sagan ha filosofado sin querer. No sabemos si *Bonjour Tristesse* es su propia vida. Y esta duda es un mérito.—*Vicente Mengod.*